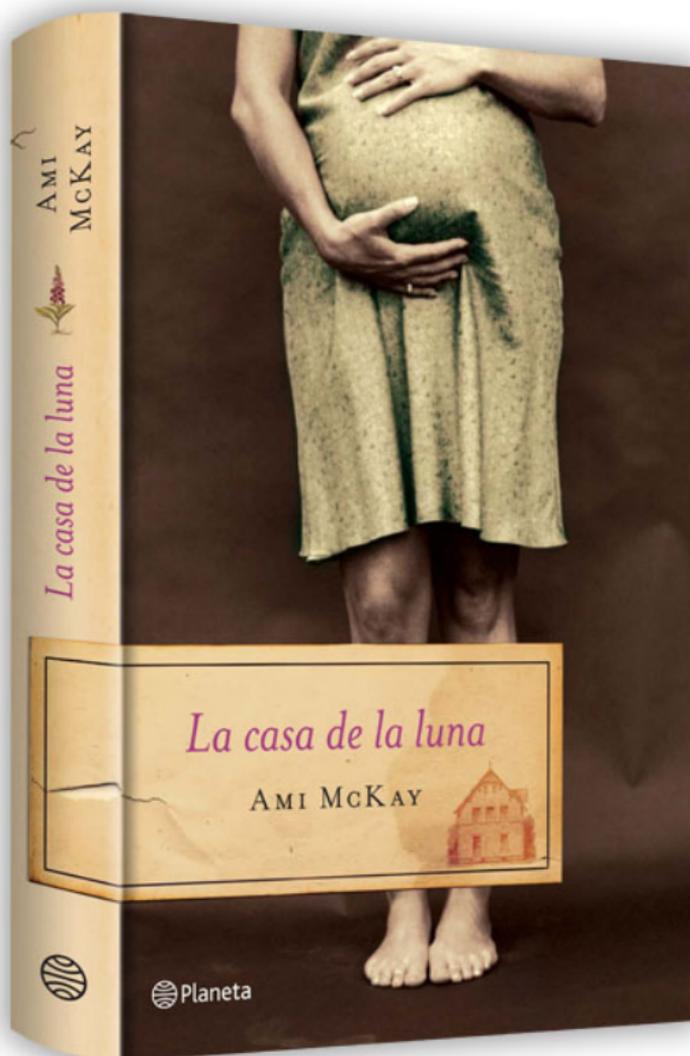


Fragmento

La casa de la luna

Ami McKay



Un recorrido gastronómico por los mejores restaurantes aún por descubrir.

La casa de la luna

Ami McKay

Traducción de M.^a José Díez

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Edición no venal, texto sin corregir

Título original: *The Birth House*

© Ami McKay, 2006

Curiosidades sobre el libro y la autora: © Ami McKay, 2007 («Acercas del libro»)

y © Rose Gaete, 2007

© por la traducción, M.^a José Díez, 2012

© Editorial Planeta, S. A., 2012

Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

Depósito legal: B. 22.011-2012

ISBN de la obra completa: 978-84-08-01393-8

Composición: Víctor Igual, S. L.

Impresión y encuadernación: Pressing Impresió Digital, S. A.

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

Prólogo

Mi casa está en los confines de la Tierra. Juntas, la casa y yo hemos hecho frente a los embates de la bahía de Fundy. Dos hermanas de naturaleza obstinada.

Mi padre, Judah Rare, la construyó en 1917. Fue mi regalo de boda. «Una casa fuerte para una mujer Rare, una mujer excepcional», dijo. Yo tenía dieciocho años. Él y sus cinco hermanos, de oficio constructores de barcos, levantaron una gran casa con madera procedente de las tierras de mi abuelo. Roble, símbolo de estabilidad y seguridad; abedul amarillo, de una nueva vida y de cambio; píceas, de protección del mundo exterior. Mi padre era un carpintero intuitivo, que desempeñaba su trabajo como si fuera un ritual sagrado. Sus manos callosas, nervadas de orgullo, recordaban las medidas y sabían lo que hace falta para resistir el mar.

Fortaleza e intuición, eso es lo que hay que tener para vivir en la bahía. Cada mañana se debe poner la mira en las tareas pendientes y esperar que cuando el día acabe uno haya avanzado algo. Nuestro pueblecito, encaramado en un recodo del dedo de Dios, siempre ha estado regido por las tormentas y las estaciones. Los hombres hacían cuanto era preciso para salir adelante. Al atardecer, bromeaban al amor de la lumbre de las cocinas, fumaban en pipa, alguien sacaba un

violín, reían mientras coreaban: «Por duro que sea, podemos con ello.» Las estaciones se reflejaban en sus rostros y en el movimiento de sus cuerpos. En la temporada del sábalo, el arenque y el bacalao, eran pescadores ensombrecidos por la humedad extenuante del mar. Cuando el ciervo empezaba a agruparse en la cara posterior de la montaña, se volvían cazadores y silvicultores. Con la primavera trabajaban la tierra, que olía a hierba, y cultivaban especies resistentes: patatas, coles, zanahorias, nabos... En verano, sus manos curtidas construían barcos y segaban los campos, con puestas de sol que festoneaban el agua y desafiaban a los cielos a que se oscurecieran. Los largos días se llenaban de orgullo y ceremonia cuando los imponentes veleros eran botados desde la orilla. El *Lauretta*, el *Reward*, el *Nordica*, el *Bluebird*, el *Huntley*. Mi padre decía que solía recorrer casi cien hectáreas de bosque hasta encontrar los árboles perfectos para construir una goleta de tres palos. El alto abedul amarillo, levemente arqueado por vientos del noroeste, era muypreciado. Mi padre podía ver la quilla en la curvatura y en la sombra de un árbol, el cambio de marea grabado en la veta.

Los hombres se apostaban la vida con el mar por el honor de esas embarcaciones. Cada mañana buscaban las señales. «Cielo rojo a la alborada, ojo, que el tiempo se enfada.» Cada noche alzaban la vista hacia los cielos esperando descubrir criaturas estrelladas o la punta de la cola de un dragón. Se decían que eran promesas de Dios, que Él impediría que los dedos enjutos y fríos del mar los atrapara y les quitara la vida. A veces morían hombres. Esos días sombríos, los supervivientes se sentaban juntos y repasaban cada detalle, dando fe de la verdad de los cuentos antiguos al tiempo que reparaban las redes.

Mientras los hombres negociaban con los elementos, las mujeres se ocupaban de los quehaceres del hogar. Practicaban el trueque entre ellas para llenar las despensas y vestir a sus hijos. Abuelas, tías y hermanas se enseñaban a coser, a cocinar y a hilar. Los domingos por la mañana, las madres se arrodillaban entre los robustos bancos de la iglesia Unida, rezando para que todo fuera bien. Con himnarios apretados contra el pecho, le decían al Señor que siempre tendrían fe si no les arrebatara la vida a sus esposos.

Cuando maridos, padres e hijos eran retenidos en la niebla más de lo que resultaba seguro, las mujeres se acercaban a la ventana con lámparas: un coro de lunas que hacían señas a sus amantes para que regresaran a la orilla. Durante la espera, apaciguaban a sus hijos para que se durmieran y aguzaban el oído para escuchar la voz de la luna en medio de las fragorosas olas. En el secreto de la noche, las madres susurraban a sus hijas que sólo la luna podía obligar a las aguas a ceder. Era la voz de la luna la que llamaba a los hombres para que volvieran a casa, su voz la que regía las mareas de las mujeres, su voz la que empujaba a los niños a ver la luz.

Mi casa terminó siendo la casa de la vida. Así es como acabaron denominándola las mujeres, que llamaban a la puerta con el hijo a punto de nacer y rompían aguas en el porche. Madres primerizas llenas de preguntas, jovencitas en apuros y veteranas con toda una prole en casa. (Yo llamaba a esos niños «deditos», porque eran más de los que sus madres podían contar con los dedos de las manos.) Todas venían a casa a traer a sus hijos al mundo, entre gemidos y lamentos. Yo les limpiaba el febril cuello con fríos paños húmedos, le daba al fatigado cuerpo cucharadas de gachas y tisanas calientes, las instaba a volver.

Ginny tuvo dos.

Sadie Loomer tuvo a una niña aquí.

Precious tuvo gemelos... dos veces.

Celia tuvo a seis chicos, pero estaba casada con mi hermano Albert... Los hombres Rare siempre tienen varones.

Iris Rose tuvo a Wrennie.

Lo único que yo quería era que estuvieran a salvo.

«Alrededor de 1760, un barco lleno de inmigrantes escoceses naufragó en las costas de este lugar. Aunque la embarcación se perdió, los pasajeros y la tripulación consiguieron hallar refugio aquí. Pasaron el invierno a duras penas: muchos enfermaron, las mujeres perdieron a sus hijos, los hombres acometieron el duro descenso de la cordillera North Mountain para llegar al valle, y volvieron cargados con sacos de patatas y otros artículos a su hogar provisional, que llamaron Scots Bay, la bahía de los escoceses.

»En primavera, cuando todos los que se habían quedado varados decidieron dirigirse hacia comunidades más asentadas, la hija del capitán del barco, Annie MacIssac, se quedó. Se había enamorado de un indio micmac al que llamaba Silent Rare, *Rare el Silencioso*.

»Una noche de luna llena de junio, Silent salió en su canoa a pescar los sábalos que desovaban alrededor de la punta del cabo Split. A medida que avanzaba la noche, Annie empezó a temer que a su amor le hubiera pasado algo malo. Oteó el agua en busca de alguna señal que indicase su paradero, pero no vio nada. Fue hasta la cala donde se conocieron y se puso a llamarlo, prometiéndole su corazón, su fidelidad y un millar de hijos varones que llevarían su apellido. La luna, al ver la tristeza de Annie, comenzó a cantar, lo que obligó a las olas a hacer tumbo a tierra firme, grandes y veloces, y devolvió a Silent sano y salvo a su enamorada.

»Desde entonces, todos los hijos nacidos de un Rare han sido varones, y hoy en día, cuando hay luna llena, hasta se puede oír su voz, la voz de la luna, que canta para que los marineros regresen a casa.»

Desde que alcanzo a recordar, la gente siempre ha hablado de mí más de la cuenta. Al ser la única hija en cinco generaciones de Rares, la mayoría cree que las hadas le dieron el cambiazo a mi madre o que no soy vástago de mi padre. Mi madre trabaja y reza con mucho ahínco, y nadie, salvo quienes tienen la lengua más viperina, duda de su devoción por él. Cuando algo carece de una buena explicación, a los habitantes de la bahía les resulta más fácil creer en sirenas y en hijos del musgo, llamarlo brujería, y listo. Mucho después de que la descendencia de los colonos de Nueva Inglaterra borró a los micmac de la sangre de mi familia, nací yo, con el pelo negro como el carbón, la piel color canela y un manto que me cubría el rostro. «Un presagio. Una señal.» Un don que supuestamente me permite hablar con los animales, prever la muerte de las personas y escuchar los susurros de los espíritus. Un talismán que protege de morir ahogado.

Cuando una de las vacas de las Highlands de Laird Jessup parió un ternero albino con tres patas, los rumores no se hicieron esperar y la gente probó a adivinar cómo podía haber nacido semejante criatura. Al final, la mayoría acabó culpándome a mí. Yo vi cómo la vaca expulsaba al ternero mientras berreaba. Fui yo la que corrió a ver a los Jessup para informar al joven Laird del extraño suceso. «Dora

habló con fantasmas, Dora comió sopa de murciélago, Dora le rajó la garganta al diablo y voló sobre el gallinero.» Mis compañeros de clase me gritaban esa cantinela por los listones de la cancela del huerto, junto con las demás cosas que sus padres les pedían que no dijeran. Claro está que en la escuela también se cuentan muchas historias de la señorita B., la mayoría de las cuales terminan así: «Si se te pierde el gato o el niño, ya sabes dónde encontrar los huesos.» Ésas son las habladorías que han hecho que seamos buenas amigas. La señorita B. dice que se alegra de que los vecinos chismorreen. «Eso hace que la gente no se meta donde no debe.»

Casi todos los días, al despertar, rezo una oración. «Quiero, deseo, espero que me pase algo.» Si bien le doy las gracias a Dios por todas las cosas buenas, esta súplica no se la dirijo a Él, ni a Jesús, ni tan siquiera a María. Están demasiado ocupados para que se anden fijando en los asuntos y los deseos de mi corazón. No, pronuncio estas palabras más al aire que a otra cosa, con la esperanza de que el viento las recoja, las lleve a donde sea y las pose sobre algo que sea mío. Mi madre dice que «una jovencita debería tener cuidado con lo que pide». Empiezo a pensar que tiene razón.

Ayer sábado hizo buen tiempo para ser octubre —cálido, sin viento y con el cielo despejado—, lo que la mayoría de la gente llama un «buen día». Es ese cielo que te suplica que te sientes a mirarlo todo el tiempo. Una vez que te tiene en su poder, no tardas en olvidar tus quehaceres y, antes de que te des cuenta, el día ha terminado y se te ha olvidado lo agradable que es estar perdido cuando, con el frío que hace, no has recogido la colada ni has vuelto a casa. Mi madre no debió de darse cuenta... Antes de que acabara el desayuno, ya había lavado y tendido dos cestos de ropa y había preparado un montón de nabos para que Charlie y yo se los lleváramos a la tía Fran. De camino a casa vi un carro que subía a toda velocidad por el camino. Antes de que nos arrollara, el que lo guiaba detuvo a los caballos, levantando un aluvión de piedras y polvo. Se trataba de Tom Ketch, y sentada a su lado iba la señorita Babineau, que me dijo:

—Voy a la cañada, a Deer Glen, a traer al mundo a un niño, y necesito otro par de manos. Ven, Dora.

Aunque iba a visitarla desde que era pequeña –me dejaba caer por su casa para hablar con ella mientras se ocupaba del huerto o le llevaba paquetes de correos–, me sorprendió que me pidiera que la acompañara. Cuando nacieron mis hermanos menores y la señorita B. vino a casa, quise quedarme, pero mis padres me mandaron con la tía Fran. Aparte de haber visto a animales de corral y algunas camadas de cachorros, yo no sabía gran cosa de nacimientos. Sacudí la cabeza y rehusé.

–Mejor pídaselo a otra, yo nunca he...

Ella me miró ceñuda.

–¿Cuántos años tienes ya? ¿Quince? ¿Dieciséis?

–Diecisiete.

Se rió y me tendió su mano arrugada.

–Futura Marie. Yo tenía la mitad de años que tú cuando empecé a ayudar a traer niños al mundo. Llevas dándome la lata desde que aprendiste a hablar, lo harás estupendamente.

La voz de Marie Babineau lleva el sonido de dos lugares: la verdad danzarina cajún de su pasado en Luisiana, y la forma de hablar queda y firme que nace de no estar nunca de brazos cruzados, de vivir en la bahía. Unos dicen que es una bruja; otros, que es más bien un ángel. Sea como fuere, la mayoría de las chicas de la bahía (incluida yo) tiene de segundo nombre la inicial M, de Marie. Marie no está emparentada con nadie de aquí, pero nosotros siempre hemos hecho lo que hemos podido para ocuparnos de ella. Mis hermanos le parten la leña y se la apilan para el invierno mientras mi padre se asegura de que las ventanas y el tejado de su cabaña estén en buenas condiciones. Siempre que tenemos conservas de más o una barra de pan o un cesto de manzanas, mi madre me manda a llevárselos a la señorita B. «Os ha ayudado a todos vosotros a venir a este mundo, y a ti te salvó la vida, Dora. Te bajó la fiebre cuando yo ya no podía hacer nada. Todo lo nuestro es suyo. Todo lo que pide lo hacemos.»

Cuando cogí impulso para sentarme a su lado, ella se volvió y le gritó a Charlie:

–Dile a tu madre que no se preocupe, que Dora estará en casa mañana a la hora de la cena.

Íbamos apretados, los tres en el asiento de un carro que se caía a pedazos.

La señorita B. empezó a hacerle preguntas a Tom, la voz serena y firme.

—¿Qué hace tu madre?

—Se queja mucho. Y de vez en cuando se agarra la tripa y chillaba como un cerdo atorado.

—¿Cuánto lleva así?

—Empezó a primera hora de la mañana. Estaba como ida, decía que no se podía agachar para ordeñar la cabra, que le dolía demasiado. Padre la obligó a hacerlo de todas formas, dijo que era una vaga..., y después la obligó a limpiar los establos.

—¿Sangra?

Tom mantenía la vista fija en el camino.

—No estoy seguro. Yo sólo sé que estaba tan tranquila en la cocina, pelando patatas, y de pronto se dobló por la mitad. Padre se enfadó con ella, dijo que tenía hambre y que más le valía seguir con lo que estaba haciendo. Como no lo hizo, padre le dio un empujón y la tiró al suelo. Después, por mucho que lo intentó, no pudo levantarse sola, así que se hizo un ovillo y se echó a llorar. —Lanzó un silbido potente a los caballos para que siguieran en el centro del accidentado camino, con la mandíbula apretada, como alguien que esperara a que le dieran un puñetazo en el estómago—. No quería que yo la molestara a usted, dijo que ya se le pasaría, pero yo nunca la he visto con tantos dolores. Vine lo antes que pude, en cuanto él se fue a ver a mi tío.

—¿Va a estar fuera mucho tiempo?

—Supongo que toda la noche. Sobre todo si empiezan a pimplar, que es lo que siempre hacen.

Tom es el mayor de los doce hijos de los Ketch. Tiene quince años, quizá dieciséis, diría yo. Pienso en Tom a veces, cuando se me terminan los caballeros distinguidos de las novelas de Jane Austen que protagonizan mis sueños. Tiene un rostro amable, aunque siempre va sucio, y mi madre dice que espera que haga algo con su vida y que no salga como Brady, su padre. Se nota que prefiere que no mencione a

los Ketch. Creo que le asusta que yo no llegue a hacer algo con mi vida y salga como la madre de Tom, Experience.

La familia Ketch siempre ha vivido en Deer Glen, una hondonada sinuosa, angosta, a las afueras de la bahía, que serpentea por la montaña hasta que se ven los acantilados rojos de Blomidon. Los que vivimos aquí solemos decir que no es más que un agujero en el camino que te hace saber que ya casi estás en casa. El terreno es demasiado pedregoso y escarpado para cultivarlo, y se encuentra demasiado lejos de la costa para que uno pueda ganarse la vida pescando o construyendo barcos. Demasiado lejos para dar un paseo agradable. Los Ketch sobreviven vendiendo alcohol casero que elaboran en un alambique en el bosque y sacándoles lo que pueden a los cazadores que vienen de lejos, hombres que esperan matar a la cierva blanca que al parecer vive en la cañada. En la temporada del venado cortan el camino –Brady en un extremo, su hermano Garrett en el otro– y, con la escopeta en bandolera a la espalda, se plantan allí para esperar a los cazadores de trofeos que llegan de Halifax, del valle de Annapolis y de lugares remotos como Nueva York y Boston. Los hermanos Ketch cobran un centavo por sus servicios, una cantidad nada despreciable, sobre todo teniendo en cuenta que venden mentiras. Ciertamente, se ha visto una cierva blanca en North Mountain, pero no vive en Deer Glen. Vive en los bosques que se extienden detrás de la cabaña de la señorita B., donde ella le da de comer de la mano, como si fuera un animal doméstico. Yo no la he visto nunca, pero he oído a la señorita B. llamarla de vez en cuando, caminando entre los árboles mientras canta: «*Lait, lait, lune, lune.*» Mi padre dijo que la vio una vez, que es del color de la rica mantequilla de las vacas de Guernsey, con una mancha ligeramente moteada en las ancas. Ese día llegó a casa con las manos vacías y le dijo a mi madre: «No habría estado bien cazarla.» Poco después, en una reunión de los Hijos de la Templanza, los hombres de la bahía se comprometieron a no matarla nunca. Todos estaban de acuerdo en que acabar con la vida de algo tan puro es pecado.

Casi había oscurecido cuando llegamos a la casa de los Ketch, la madera de las paredes estaba suelta y necesitaba una mano de pintu-

ra; la puerta mosquitera desgoznada. El interior no estaba mucho mejor. En la mesa se amontonaban una barra de pan empezada y cacerolas, cazos y tarros vacíos, cuando a todas luces ése no era su sitio. Habían intentado tener una casa en condiciones, pero por alguna razón los esfuerzos nunca habían servido de nada. Las cortinas clareaban en la parte superior; ahí aún se veía el blanco, con un alegre estampado de flores. A medio camino del suelo, unas manitas habían dejado sus huellas en la tela, y las garras de los gatos habían deshilachado los extremos. Por buenos e impecables que hubieran sido los comienzos, los paños de la cocina, el papel pintado y las alfombras, incluso el vestido de la niña que nos recibió en la puerta, todo seguía la misma pauta: la parte central manchada, los extremos gastados y sucios; en la casa entera había un olor acre y descuidado.

Experience Ketch estaba encorvada en la cama, agarrándose la barriga. Su hija mayor, Iris Rose, se hallaba de pie a su lado; metió un trapo en un cubo de agua y a continuación se lo ofreció a su madre. La señora Ketch cogió el harapo y se lo metió en la boca, chupando y escupiendo mientras se mecía adelante y atrás.

La señorita B. se sentó en el borde de la cama y le agarró la mano a la señora Ketch. Acto seguido comenzó a hablarle a la atormentada mujer, y consiguió que se incorporara y bebiera un poco de tisana. La partera rodeó con sus arrugados dedos la muñeca de la señora Ketch, cerró los ojos y se puso a contar en francés. Después le pellizó la punta de los dedos y le levantó los párpados, dejando a la vista los rosados y llorosos ojos. «Tienes la sangre débil.» La señorita B. retiró las mantas y levantó las faldas embadurnadas de sangre de la señora Ketch. Sus manos fueron recorriendo el vientre abultado de la exhausta mujer, palpando la estirada piel, haciendo la señal de la cruz. Después de lavarse las manos varias veces, introdujo los dedos entre las piernas de la señora Ketch y meneó la cabeza.

—Este niño tiene que salir hoy.

La señora Ketch gimió.

—Es demasiado pronto.

La señorita B. insistió.

—Los dolores están demasiado avanzados, y no podemos vol-

ver atrás. Si no tienes hoy este niño, tus otros hijos se quedarán sin madre.

La señora Ketch sollozó.

—No lo quiero.

Iris Rose se arrodilló junto a la cama y le suplicó a su madre:

—Por favor, mamá, haz lo que dice.

La muchacha es mucho más pequeña que yo, tendrá doce años como mucho, pero sabe comportarse como una madre. De vez en cuando aparece en la escuela, llevando a rastras a tantos de sus hermanos como puede. Les chilla a los chicos que se quiten la gorra, regaña a las niñas poniendo un vozarrón áspero de abuela mientras les tira de las trenzas. A pesar de sus intentos, el resultado siempre es el mismo: cuando empieza a nevar, los pupitres de los niños Ketch vuelven a quedar desiertos.

La señora Ketch los necesita en casa, supongo. He oído que cada uno de los mayores tiene a un pequeño a su cargo al que bañar, vestir, dar de comer y vigilar para que no se pierda entre el desorden de una casa llena de platos sucios y gatos domésticos. Yo, que tengo seis hermanos, creo que puedo decir que eso es *demasiado*.

Al ver que la señora Ketch seguía lamentándose, Tom y los chicos mayores se fueron al granero. Con ayuda de Iris Rose, metí a los demás niños en una de las habitaciones de arriba. Ella se plantó en la puerta con los brazos cruzados.

—Como hagáis un solo ruido, papá vendrá corriendo por la hondonada y subirá la escalera con una vara de aliso.

La habitación enmudeció. Seis cabecitas grasientas se agacharon, seis barrigas respiraron superficialmente, asustadas.

—¿Puedo mirar? —preguntó Iris Rose.

—Si prometes no decir nada.

—No diré ni pío. Lo juro.

La dejé en la escalera, mirando por los balaustres rotos y torcidos del pasamanos.

La señorita B. y yo retiramos el jergón de paja, atamos sábanas a los postes de la cama y apretamos con fuerza los nudos.

—Bueno, señora Ketch, ya sabes lo que tienes que hacer... Cuando

llegue el momento, debes aguantar como si te fuera la vida en ello y echar ese niño. —La señorita B. me indicó que sujetara las temblorosas rodillas de la señora Ketch—. Y está llegando tan de prisa y con tanta fuerza como la marea alta en luna llena. *Pousser!*

La señora Ketch pegó la barbilla al pecho, las venas del cuello le palpitaban.

—Déjame morir, Señor, te lo ruego, déjame morir.

La señorita B. se echó a reír.

—¿Cuántas veces has pasado por esto? ¿Trece? ¿Catorce? A estas alturas deberías saber que el Señor no es como la mayoría de los hombres. No se te llevará a casa cuando tú se lo pidas...

El domingo pasado, sin ir más lejos, el pastor Norton se explayó hablando de los pecados de Eva, descargando el puño en el púlpito, la cara hinchada y como un tomate mientras escupía a un lado entre las palabras «pecado» y «original». Si bien habló largo y tendido de los males de la tentación y de la maldición que pesa sobre las mujeres por culpa de Eva, no mencionó en ningún momento el hedor que ésta despedía. Nunca imaginé que «el diezmo que esa mujer impuso al mundo civilizado» oliera de un modo tan aherrumbrado, tan amargo.

Mantuve encendido el fuego, saqué sábanas limpias del bolso de la señorita B., hice todo lo que ella me pidió, pero, por mucho que me afanaba, el estómago me dolía y notaba las manos pesadas e inútiles. No creo que mi nerviosismo se debiese a que ése era mi primer parto, ni siquiera a estar viendo tanto dolor y forcejeo en una mujer, sino más bien a escuchar la tristeza, las carencias en los gritos de la señora Ketch. Nada de lo que hacíamos parecía ser de ayuda. Ella sollozaba y profería imprecaciones; sus lamentos y la voz persuasiva de la señorita B. se prolongaron durante una hora o más, diría yo, o al menos lo bastante para que la señora Ketch dejara de esperar el milagro y diera a luz un varón.

Era una cosita minúscula y triste. Tenía la carne como el papel cebolla, las venas azules se le transparentaban. Si hubiera mirado con más atención ese cuerpecillo débil, creo que habría podido verle el corazón. La señorita B. lo envolvió en sábanas de franela y se lo entregó a la señora Ketch.

—Y ahora abrázalo fuerte y apriétalo contra el pecho para que sepa lo que es estar vivo.

Pero Experience Ketch no quería a su hijo. No quería abrazarlo ni mirarlo ni tenerlo cerca.

—Aparta de mí esa cosa. Tengo doce más y no puedo con ellos.

No pude soportarlo. Se lo quité a la señorita B. y lo estreché contra mí. Le susurré al oído:

—Te llevaré a mi casa. Te quedarás conmigo. —Con el rabillo del ojo vi que Iris Rose subía la escalera. Me volví hacia la señorita B.—. Es tan azul...; los brazos, las piernas, el pecho. Apenas respira.

—Ha nacido demasiado pronto. —Hizo la señal de la cruz en la arrugada frente del niño—. Si hubiese nacido tres o cuatro semanas más tarde, podría darle unas cucharaditas de cocimiento de aliso con coñac, prepararle una cama cerca de la cocina y confiar en que se sonrosara, pero estando como está...

No la dejé seguir.

—Dígame qué tengo que hacer. Debo intentarlo.

La señorita B. sacudió la cabeza.

—Si no puedes ayudarlo a cruzar al otro lado, deberías irte a casa sin más. La Virgen María y los ángeles se harán cargo de él pronto. Yo tengo que ocuparme de su madre.

Me senté en un rincón, abrazando con fuerza al pequeño agonizante.

La señorita B. nos tapó con una manta.

—Algunos niños no están hechos para este mundo. Lo único que se puede hacer es mantenerlo a salvo hasta que llegue su ángel.

—¿No puedo hacer nada más?

Ella se inclinó hacia adelante y me dijo al oído:

—Reza por él, y reza también por esta casa.

Curiosidades sobre el libro y la autora



Acerca del libro

¿Qué inspiró *La casa de la luna*?

Por Ami McKay

Cuando mi pareja y yo nos trasladamos de Chicago a Nueva Escocia, compramos una casona vieja en la bahía de Fundy. Al inspeccionar una habitación que quedaba sobre la cocina y no estaba terminada, me di cuenta de que las paredes estaban selladas con enlucido reforzado con algas y crin de caballo y después recubiertas de periódicos. Cada capa de papel era de una época distinta: anuncios de electrodomésticos de la década de 1930 sobre imágenes del Hupmobile cupé..., coches y lavadoras daban paso a recomendaciones de los tónicos y remedios caseros de Lydia Pinkham.



Cada vez que removía la tierra para plantar algo nuevo en el jardín, descubría alguna pequeña reliquia del pasado: frascos de remedios, trozos de porcelana... y he aquí mi hallazgo preferido: un cucharón de plata antiguo, tan usado que el borde de la concavidad estaba desgastado. En la cocina, cuando lo fregaba en la pila para quitarle la porquería a la espiga de trigo que

adornaba el mango, empecé a soñar despierta con la mujer que sostuvo en su mano esta cuchara tantos días de su vida tiempo atrás, la veía delante de los fogones, removiendo la comida, probándola, dándose a probar a su marido o a su hijo cuando pasaban por la cocina.

En primavera ya estaba embarazada. La comunidad supo de mi estado y también que buscaba a una comadrona que me asistiera para dar a luz en casa. Los vecinos comenzaron a contarme anécdotas sobre la historia de mi casa, que un día fue la de una partera. Esas historias me cautivaron. La partera, llamada Rebecca Steele, no sólo se desplazaba hasta otros hogares de la bahía, sino que además terminó abriendo su casa para que las mujeres de la comunidad acudieran a dar a luz. Se hacía cargo de ellas y se ocupaba de todo lo relativo al parto, y a continuación madre e hijo permanecían en la casa de maternidad durante una semana o más. Por esa época tuve el privilegio de conocer a Mary, la hija adoptiva de la partera. Las primeras palabras que me dijo fueron: «Mi madre murió cuando yo tenía tres días. Mi padre no se pudo hacer cargo de mí, claro, y no había nadie más que pudiera ocuparse. La partera no podía tener hijos, de manera que me acogió.» Estando con ella en el hogar de ancianos, Mary se sacó un papel del bolsillo y empezó a leerme los nombres de todas las mujeres que habían dado a luz en la casa de su madre. Los relatos de la comunidad y los recuerdos de aquella mujer dieron pie a un documental y al correspondiente material en la red para la emisora de radio CBC.

Aunque disfruté escribiendo y produciendo el documental, mis esfuerzos por indagar en el pasado de la partera se vieron frustrados. Desde su muerte, en 1955, había pasado el tiempo suficiente para que el recuerdo de la mujer hubiera empezado a desvanecerse. No fui capaz de encontrar fotografías suyas, y aunque los ancianos de mi comunidad conservaban en la memoria su amabilidad y su figura rotunda, de matrona, no había ningún vestigio de su vida cuando era joven. Un breve artículo en *The Brewick Register* mencionaba que en una ocasión disfrutó de una estancia prolongada en Estados Unidos, pero su única descendencia, una hija adoptada que vivía en un asilo, no sabía cuál era el motivo por el que su madre había ido allí. *La casa de la luna* nació de mi necesidad de llenar los vacíos que poblaban la escueta biografía de la señora Steele.

Una vida dedicada a la escritura



¿Cuándo escribe?

Por la tarde. A veces me salto la cena y sigo por la noche.

¿Dónde escribe?

Tengo un estudio en la parte alta del granero.

¿Por qué escribe?

Para darle sentido a las cosas: pasadas, presentes y futuras.

¿Pluma u ordenador?

Primero, para el borrador, la pluma; después lo paso al ordenador para las labores de corrección y revisión.

¿Silencio o música?

Música sin palabras. Procuro buscar una música que encaje con el ambiente que quiero recrear.

¿Qué la impulsó a escribir?

He sido una escritora en la sombra casi toda mi vida. Era un acto privado de expresión personal. Si hablamos de publicar, lo hice porque mi marido me desafió a hacerlo!

¿Cómo empieza un libro?

En el caso de *La casa de la luna*, Dora ya llevaba un tiempo en mi cabeza antes de dar con la forma de plasmarla, y eso mismo es lo que al parecer me está pasando con mi próxima novela. Supongo que empiezo intentando encontrar la voz adecuada para la narración.

Y ¿cómo lo termina?

Poner el punto final es algo que cuesta... Escribí cuatro finales distintos para *La casa de la luna* antes de dar con el definitivo.

¿Realiza algún ritual o tiene alguna superstición a la hora de ponerse a escribir?

Siempre tengo la taza de mi abuela en la mesa y le sirvo un poquito de té a ella. Era una gran lectora, así que me gusta pensar que está detrás de mí, leyendo mientras yo escribo.



¿Cuál es el escritor vivo al que más admira?

Isabel Allende. Sus historias me parecen brillantes e intemporales.

¿Qué o quién le inspira?

La belleza, el azar, el destino, el deseo, la risa, las lágrimas, la esperanza.

De no ser escritora, ¿qué sería?

Probablemente seguiría tocando el arpa en bodas y funerales. ¡Uf!

¿Cuál es su placer culpable en materia de lectura?

No me gusta pensar que tengo que sentirme culpable por leer algo. Pero si tengo que elegir... supongo que paso demasiado tiempo leyendo blogs. Algunos me resultan absorbentes y adictivos.

Acerca de la autora



SU VIDA DE UN VISTAZO

NACIÓ

1968. Indiana, Estados Unidos.

ESTUDIÓ

Universidad del Estado de Indiana,
Educación musical y
Musicología

TRAYECTORIA PROFESIONAL

Profesora de música de instituto, escritora independiente y productora de documentales radiofónicos. En la actualidad, novelista primeriza.

FAMILIA

Casada con Ian. Con dos hijos.

VIVE

En una antigua casa de maternidad en Nueva Escocia, Canadá.

***La casa de la luna* incluye toda clase de detalles de la vida de Dora: invitaciones, artículos de periódico, fragmentos de *El libro de los sauces*, cuentos, leyendas y anuncios. ¿Por qué escogió esta modalidad? ¿La considera una estructura expresamente femenina?**

De pequeña solía observar a mi madre para aprender de ella. Me encantaba sentarme a su lado mientras cocinaba, cosía o arreglaba el jardín, y también cuando se maquillaba. Recuerdo muy bien el ritual que marcaba el final de la jornada: vaciarse los bolsillos en el tocador. Una bobina sin hilo, una nota de una amiga, horquillas, una receta, una piña que yo le había regalado, una foto recortada de una revista... Todo quedaba en una bandeja de espejo, como si estuviese listo para ser ofrecido a una reina. Ése era su día, su arte. Cuando me puse a escribir *La casa de la luna* me di cuenta de que era precisamente así como quería disponer las palabras: creando un álbum literario de recortes con los días de Dora.

**¿Qué o quién le sirvió de inspiración para *El libro de los sauces*?
¿Cuál es su remedio preferido?**

Los remedios y la información que aparecen recogidos en *El libro de los sauces* beben de numerosas fuentes. Algunas cosas se las transmitió mi bisabuela a mi madre, y mi madre, a su vez, me las pasó a mí. Otros remedios proceden de libros de recetas de finales de siglo, de revistas femeninas y de almanaques. Lo que más me gustó fue dar con ese toque entre práctico y mágico que destilan. En cada una de las entradas se conjugan la información útil y el folclore... así es como las mujeres intercambiaban conocimientos, y una parte de ellos sigue siendo útil hoy en día, como lo fue en el pasado. Por ejemplo, muchas mujeres embarazadas aún creen ciegamente en la infusión de hojas de frambuesa.

Personalmente lo que más me gusta es un dicho que saqué de las notas que había escritas en el margen de uno de los libros de cocina

de la abuela de mi marido: «Hagas lo que hagas, siempre habrá alguien que sabía que lo harías.»

La sabiduría de la señorita B. tiene su origen en un ecléctico conjunto de fuentes: ¿serían sus creencias típicas de un acadiano? ¿Podría ahondar un poco más en sus «raíces»?

Marie Babineau dista mucho de ser una persona convencional, de manera que, en igual medida que se siente orgullosa de su legado acadiano, siempre está moldeando la tradición, la religión y el ejercicio de su oficio —es partera— con su experiencia y su sabiduría. Dicho esto, el don del *traiteur* (la tradición sanadora que le fue transmitida

«Lo que más me gustó fue dar con ese toque entre práctico y mágico.»

a la señorita B. por su bisabuelo) en la actualidad sigue vivo entre algunos cajunes (acadianos) de Luisiana. Es una tradición fascinante, que engloba fuertes vínculos religiosos (por lo general católicos), conocimientos de fitoterapia y plantas autóctonas, oraciones secretas y rituales. La historia de los acadianos y su expulsión de Nueva Escocia forma parte del paisaje que me rodea, de forma que me pareció oportuno que Marie encarnase dicha historia. Su leyenda personal incluye el viaje de Luisiana a Nueva Escocia y la llamada para ser sanadora y partera. No diré más al respecto ahora mismo, pero su pasado y su juventud darían para mucho...

La comida y la cocina desempeñan un papel importante en la novela. ¿Le gusta cocinar?

Me encanta. Me crié en una casa donde la cocina era el corazón del hogar. Guisar con mi madre siempre tenía un algo de ritual. Hay una frase en la novela en la que Dora habla de su madre y dice: «Todo lo que he aprendido de mi madre, todo lo que sabe, me lo ha explicado



mientras sus manos se movían.» Eso mismo se puede decir de los momentos que yo pasé en la cocina con mi madre, y supongo que ahora también forma parte de mi hogar. Si alguien quiere saber cómo soy de verdad, que me pille en la cocina.

Las descripciones de partos son muy realistas. Sé que usted tiene hijos, pero ¿fue testigo de algún parto para documentarse?

Tengo dos hijos: el primero nació en el hospital; el segundo, en casa, con la ayuda de dos estupendas comadronas. He estado presente en partos de amigas, pero acudí porque ellas me lo pidieron, no para documentarme. Asimismo tengo la gran suerte de contar con una gran amiga comadrona que siempre estuvo dispuesta a dar paseos conmigo y explicarme con detenimiento todos los partos que aparecen en el libro.

En la novela se libra una batalla entre la sabiduría tradicional y la ciencia moderna, la partera frente al médico. ¿Es el reflejo de la realidad histórica del momento?

Desde luego. Cuando empecé a investigar la historia de la partería en la Norteamérica de principios del siglo xx me horrorizó ver la agresividad con que la comunidad médica hizo campaña para la eliminación de la partería. El doctor Joseph DeLee, un destacado portavoz de los obstetras en su día, afirmaba: «La partería es un vestigio de la barbarie.»

Los médicos acudían con regularidad a organizaciones de mujeres y reuniones de clubes con el fin de desacreditar a las parteras y decirles a las mujeres que eran malas madres si no optaban por dar a luz en un hospital con un médico. Y lo peor de todo es que su método de sembrar el miedo... funcionó.

De un tiempo a esta parte en el Reino Unido se hace hincapié en un enfoque del parto menos intervencionista y más «natural». ¿Cree usted que es positivo?

Se ha demostrado que una intervención médica en un parto suele derivar en una o más intervenciones adicionales. Demasiado a menudo la futura

madre se encuentra en una situación en la que no ejerce ningún control sobre el proceso de dar a luz y termina pensando que lo que ha ocurrido es «normal». Creo que esta actitud es la causante de que numerosas mujeres teman el parto hasta el punto de no confiar ni en ellas mismas ni en su cuerpo. Hacer hincapié en un planteamiento natural desde un principio contribuye a devolverles la confianza a las mujeres y crea un ambiente en el que es necesario un menor número de intervenciones. Creo que siempre es positivo tratar de eliminar los miedos que rodean nuestra percepción del alumbramiento.

«Cuando empecé a investigar la historia de la partería en la Norteamérica de principios del siglo xx me horrorizó ver la agresividad con que la comunidad médica hizo campaña para la eliminación de la partería.»

En la novela, la modernidad es una fuerza positiva en algunos sentidos, sobre todo en el ámbito de la sexualidad femenina. ¿Es Maxine el arquetipo de la nueva mujer que lo tiene todo?

Maxine es la guía de Dora en muchos aspectos. Sí, personifica la nueva mujer del siglo xx, y además le demuestra a Dora que el cambio es posible. Es sufragista e independiente, pero lo más importante de todo: tiene coraje. Dora podría haberse reunido con Wrennie en Boston y permanecer bajo la protección de Maxine, pero al final decide volver a Scots Bay, e incorporar lo mejor de Maxine a su vida en Nueva Escocia, impulsando los cambios en su comunidad y forjándose una vida propia.

Maxine pone a disposición de Dora libros que ésta no podía leer en Scots Bay: ¿cómo supo lo que estaba de moda?

«Prohibido en Boston» era una locución sumamente popular dentro del marco histórico en el que se sitúa *La casa de la luna*. También la utilizaban en tono jocoso dramaturgos, novelistas y otros artistas. Uno sabía que había dado en el blanco si era «prohibido en Boston», si era objeto de ataques por parte de la Watch and Ward Society —la liga que velaba por las buenas costumbres—, si sus libros acababan en una hoguera en sus reuniones. La lista de lecturas de Maxine forma parte del nutrido listado de libros y obras de teatro que estaban prohibidos en Boston por aquel entonces.

Usted se trasladó de Chicago a Scots Bay. ¿Le ha dado la espalda a la vida en la ciudad?

No del todo. Si bien es cierto que Scots Bay es el lugar en el que me siento en casa y donde mejor escribo, me siguen gustando la energía, la variedad y la fuerza de las grandes ciudades. Por ese motivo, todos los años visito al menos dos de mis ciudades preferidas.

Dora recibe el pleno apoyo de sus amigas de la Asociación de Tejedoras Ocasionales. ¿Considera usted que esta clase de respaldo sólo es posible en una comunidad pequeña, donde las mujeres son más hogareñas? ¿Qué lugar ocupa en su vida la amistad entre mujeres?

No creo que uno tenga que ser una persona casera o vivir en una comunidad pequeña para tener un círculo estrecho de amigos. Los lazos que unen a las mujeres de la Asociación de Tejedoras Ocasionales son los mismos que vertebran todas las amistades: apoyarse mutuamente en los malos momentos, saber escuchar y reírse juntos. Hay mujeres increíbles que forman parte de mi vida; en casa conozco a un

grupo de madres con las que practico el senderismo, charlo y tomo el té, todas ellas extremadamente creativas, artistas en su profesión y en su vida. Ha sido una gran fuente de inspiración ver a otras madres creando y haciendo realidad sus sueños. En la distancia están mis pilares: mi madre, mi hermana, mis mejores amigas de la facultad. Hablamos por teléfono o nos vemos cuando podemos, y siempre me siento como en casa. Ésas son las mujeres que me dan alas. Espero ser eso mismo para ellas.

La omnipresencia de la tecnología y los sistemas de comunicación modernos ¿implican que ya no «aprendemos» de nuestros amigos, de las parteras, de los líderes de la comunidad?

De un tiempo a esta parte la vida avanza a un ritmo frenético, y no siempre resulta fácil parar y sacar tiempo para charlar y tomar un té. No cabe duda de que parece que hay que hacer un esfuerzo para conversar en torno a la mesa de una cocina. Paralelamente, creo que necesitamos más que nunca los lazos y los conocimientos que se pueden derivar de relaciones más estrechas. Ver como las personas, y en concreto las mujeres, crean nuevas redes de comunicación, amistad y sabiduría femenina en internet (páginas web, blogs, foros, etcétera) me resulta fascinante. Me encantó ocuparme de mi propia página, con la que espero haber creado una mesa de cocina virtual, un espacio al que los lectores puedan acudir para compartir sus ideas y sus historias conmigo y entre ellos.

¿Qué es lo próximo que va a escribir?

Otra novela sobre la vida y la salud de las mujeres. Se desarrolla en Nueva York, en la década de 1870, y está inspirada en la vida de mi tatarabuela, que fue una de las primeras mujeres que se licenció en medicina y ejerció en la ciudad. Y eso en una época en que a las mujeres que estudiaban medicina se las consideraba bichos raros y poco femeninas. ¡Era toda una mujer!

Sus diez novelas favoritas



La abadía de Northanger
Jane Austen

Matar a un ruiseñor
Harper Lee

Cuentos de Eva Luna
Isabel Allende

Ojos azules
Toni Morrison

*El amor en los tiempos
del cólera*
Gabriel García Márquez

El doctor Frankenstein
Mary Shelley

Tess d'Urberville
Thomas Hardy

*La verdadera vida
de Sebastian Knight*
Vladimir Nabokov

La memoria de las piedras
Carol Shields

Rebeca
Daphne du Maurier

